

Yo, la otra

*Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo
y todo es del olvido, o del otro.*

Jorge Luis Borges.

Borges y yo.



Comenzó como un juego. Quise darme la satisfacción de imaginarme tal como me estaba creando para otros. A veces, en la noche, dando vueltas en la cama, pensaba en cómo sería mi vida si fuera distinta. Me imaginaba atractiva, rica, mundana y fantaseaba con esas puertas que abren la belleza y el dinero y que permanecían cerradas para mí (una de quienes no se hace un corte de cabello extraño, a quien la ropa de los maniqués no le queda como a los maniqués, que vive de préstamos antes de la quincena y que ve telenovelas en vez de leer un libro o ir a ver una película de las de los festivales). Esa fue la causa; quise imaginarme despierta y para otros, porque si convertía mis fantasías nocturnas en algo así como una historia, quizás, sólo quizás, se abriría para mí la puerta de la admiración y del deseo que en mi vida (la del trabajo, la ropa comprada en el supermercado y la peluquería de barrio) se mantenía cerrada.

Fue sencillo y creí que inofensivo. Entré en una sala de chat; un viernes después de las telenovelas. Quería hacerlo desde hacía rato, pero no me atrevía, supongo que el pudor alimentado en las misas de

domingo y convivir con mi madre y mis dos hermanos me lo impedían. Sin embargo, ese viernes estaba sola; mi mamá estaba de paseo en Sasaima y mis hermanos se habían ido a tomar cerveza con los amigos. Nunca prendía el computador de la casa, lo compré a plazos para mis hermanos y sus tareas, además yo pasaba los días frente a uno de esos en la oficina y no deseaba prolongar esa actividad en casa. Aunque cuando lo compré, prometí usarlo para ampliar mis horizontes a través de Internet. Claro, mis hermanos se la pasaban pegados al aparato y yo prefería las telenovelas. Como fuera, ese viernes me conecté y entré en una sala de amigos. Antes de empezar yo no planeé mentir; después imaginé que sería divertido —sencillo e inofensivo—. Debía escribir un nombre y pensé que el mío, Ana Lucía, era tan simple, tan poco sugestivo que... bueno, era sólo un nombre; me inscribí como Luciana. Bien mirado, Luciana es una variación de mi nombre; aunque suena a otra vida, a la vida de alguien que tiene qué contar sobre sí misma. Luciana soy yo invertida, como del otro lado del espejo, mi negativo, digamos, aunque a mí me parecía que era mi lado positivo. Con el nombre cobraron vida mis fantasías nocturnas, porque Luciana reina en la noche. Es osada, creativa, extrovertida, convence a los demás con su encanto —alimentado a través de viajes y fiestas, donde todo está permitido y ella se lo permite todo—. Luciana es más fuerte que yo, y el mundo donde vivía le quedó pequeño. Ahora es mi mundo el que se reduce.

Un día, en un almacén, me preguntaron mi nombre y dije Luciana Purcell, sin dudar. Mi cuerpo se irguió, su voz grave, aunque un poco afilada, contestó los demás datos con certeza; no los inventé, fue ella quien habló. Desde entonces, sale con frecuencia. Cuando viene, veo a través de sus ojos. Luciana se va, pero el filtro de su mirada se queda en mí.

A través de las grietas

Todo lo que me rodeaba se volvió insignificante y vulgar. Hace cuatro meses renuncié al trabajo, Luciana encontró uno mejor. Gana mucho más y no le cuesta mucho esfuerzo. Alquilé un apartamento, compré carro y computador, las decisiones fueron suyas; ella tiene gusto, clase y es persuasiva. No volví al barrio, aunque hablo con mi mamá y le consigno para sus gastos; esto me evita interrogatorios. Tampoco hablo con mis amigas de antes; ella no las soporta. Ya no veo telenovelas, me basta mi historia. Cada día, Luciana está más tiempo aquí. Antes venía sobre todo a trabajar; yo recibía las llamadas y era ella quien se vestía y salía a las citas, regresaba tarde, un poco ebria, dejaba el dinero en la mesita de noche y se dormía. A Luciana se le abren las puertas de la admiración y del deseo, y soy yo quien padece los estragos, pero ella no escucha mis quejas. Ahora pasa las tardes aquí, conectada a Internet, contando sus experiencias nocturnas, haciendo nuevos contactos. Yo, Ana Lucía Sánchez, ya no doy vueltas en la cama pensando en cómo sería mi vida si fuera distinta, no me atrevo a imaginar otra. Fue sencillo, no inofensivo. No sé cuánto tiempo le tomará aniquilarme.



